

# LOS LIBROS



## diálogos

### en italia con monsieur suarès

La raza (continuación).— Ni llevar aquellas gacetas. Pero con el pelo ceñido por un bramante o por un sujetador de acero, aparece acá y allá. Va en bicicleta, sin el sombrero con laureles, naturalmente, y lleva encargos o telefonemas.

Donatello, que quien sabe por qué hizo tan amanerado a su David cuando sabía dar un aire tan varonil a figuras de la santidad del San Jorge, no quería, sin embargo, dar lugar a equívocos en los rasgos faciales. Ni el Verrocchio tampoco, a pesar de poner falditas al vencedor del gigante. Pero en otros muchos casos, la belleza andrógina de los adolescentes denuncia más bien un modelo femenino. Ciertamente ángel de Botticelli me apareció bajo la débil encañonación de aquella muchachita que en una mercería me vendía "calzini". Y el joven de Lotto que se ve en el Castello Sforzesco, en



Milán, es el vivo retrato, sombrero y todo, de una damisela con quien hice amistad en el tren, camino de Pavia.

No es que se queden las imágenes en la retina y luego se les encuentre acomodo. Aseguro que al ver el retrato de Eleonor de Toledo, por el Bronzino, recordé a cierta muchacha que sirve a la mesa en un parador de Alcañal de Henares; su Alejandro de Médiçis, narizotas, limpia vasos en un bar cerca de las torres de Bolonia, y su Andrés Doria, el de las barbas fulvivas, presta servicio de camarero en el restaurante próximo a la madrileña Puerta del Sol.

"Violentas y pasivas", dice Suarès, las mujeres italianas llevan en sus ojos demasiado fuego negro, recordo que es menester avivar para que cohe llamas. Buscabais las brisas rojas, en Venecia, en las mujeres del Veronés? Tiempo perdido. Ni el Veronés ni Tintoretto han dejado representantes en Venecia. Las mujeres han debido de cortarse su opulento toisón, y la exuberancia en el busto no está de moda. ¿Cómo íbamos a hallar dogos barbudos por los "sottoportici" venecianos, por el Roggio o las "rive", si ya no die lleva barbas? ¡Ah, cómo me hubiera deleitado encontrarme con las deliciosas cortesanas del Carpaccio y sus rizados flequillos en la pintura del Museo Correr! Pero el fascismo ha destruido a las cortesanas de los Museos y de las calles. El francés Des Brosses sabría dónde encontrarlas hoy, aunque sin insultar a los caballeros venecianos y a sus legítimas consortes.

Leonardo y la variación.— El pueblo español, que ha resuelto intuitivamente los más grandes problemas de la moral, de la ciencia y del arte, dice muchas veces en cuatro palabras lo que los traductores apenas abocetan en sus dilatados mamotretos. Se ha adelantado siglos a Einstein y a su relativismo, a los psicofisiólogos actuales hablando de la consustancial perennidad de genio y figuración.

ra. Hasta que pude apreciar "sul loco" la vida en Oriente, donde nada ha variado desde hace siglos, no alcancé la profunda verdad del dicho popular que atribuye al arte de la variación lo más sabroso en el gusto artístico. Variar en su estricto sentido, que no es el del cambio de lugar, sino de modo, conservando lo ingrediente y sustancial y añadiéndole la elegancia y el adorno que ofrecen la fantasía y el dominio de la hechura.

En esas pequeñas cosas que sazonan con sal y variedad el cuerpo vivo del arte es donde los orientales ponen todo su primer y todo su deleite. Entender profundamente, llegar a percibir la modificación más ínfima y sacar gusto de ella, depende por entero del arte fino de la variación. Es un goce estático, pero que penetra agudamente hasta los últimos resquicios del más íntimo diván donde, ojos cerrados, inteligencia abierta, yace sobre sus rodillas en flexión el buen entendedor.

El arte de variar fué ciencia sutil en la música desde lo más remoto. En Oriente es la melodía, que cambia impalpablemente de curva, guardando intacto en su seno el "makamat" germinativo, sobre su lecho rítmico imperturbable. En Occidente, laúdes y violas excedieron en el arte de "tañer fantasía" engrunando el canto dado con orlas delicadas y cláusulas exuberantes, como capiteles barrocos que derraman vides y ramos sobre el fuste erguido. "Arte supremo el de la variación—dijo en aquel Instituto. Falto de espacio para dar cabida a todas las interesantes observaciones del doctor Mir Liambia, vamos a limitarnos a transcribir algunos pasajes de los cuatro volúmenes en cuestión, prescindiendo de cualquier comentario que pudiera ocurrirnos. La obra se titula "Historia Universal", su autor es don Juan Fernández Amador de los Ríos, catedrático, y está impresa en Zaragoza; su fecha, 1932; séptima edición. En Mahón lo utiliza como texto el catedrático D. Julio César Sánchez Gómez. Suponemos que también se emplea en otros establecimientos de enseñanza.

"El salvajismo primitivo.— El hombre, entregado a sus pasiones, cayó en la degradación más espantosa. La Sagrada Escritura nos refiere la desnudez de Adán y Eva, así como nos habla de las pieles con que la cubrieron cuando empezaron su lucha por la vida después que salieron del Paraíso por el pecado original. Sus descendientes, de tal suerte se apartaron de la virtud, que contra ellos mandó Dios el Diluvio, del que se salvaron Noé y sus hijos." (Pág. 10.)

"Veinte siglos lleva de existencia la Iglesia, y en ello se ve su estabilidad. La estabilidad de la Iglesia va la pronosticó Nuestro Señor Jesucristo cuando dijo que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella." (Página 154.)

"Fué, sin embargo, la más hermosa hetera griega la imponente

Y en este arte, tres maestros: Beethoven, Rembrandt y Shakespeare."

Mas la lección que el apasionado saca de su visita a Milán es la de encontrar que lo mejor que Milán contiene: la Brera, la Ambrosiana, Santa María de las Gracias, no es sino la constante variación del tema Leonardo. Suarès insinúa la diferencia esencial entre Leonardo y aquellos tres maestros. Ellos varían el tema incesantemente de la vida. Leonardo no variaba de su tema propio, el tema de su íntimo yo. Esa última idea de la forma bella que Leonardo quería exprimir en una sustancia definitiva, en un tipo fónico, algo como un ente universal del que todas las apariencias de forma existentes no fuesen sino su variación. "Todo lo que existe no es sino un símbolo", ha dicho Goethe. ¿Símbolo de qué? De la inefable raíz de la vida. Del imprescindible JWH de los hebreos, núcleo, fuente de todo lo que "es" y tiene apariencia y sentido.

Leonardo buscaba el JWH de la forma bella, punto de luz que iluminara su obra total a través del flujo de las formas exteriores; grano de almizcle que aromase su existencia, irradiando eternamente su perfume sin sufrir merma. Inmensa tragedia la de este hombre. Tragedia como la de su joven rival, el Buonaroti. La ruina de Leonardo, el fracaso de Miguel Ángel, no se hacen sensibles, no muestren su dramatismo más que en Milán y en Florencia. En Milán, Leonardo. En Florencia, Miguel Ángel. Lacerante tragedia, que, como el mordisco de la serpiente en el mudo grito del Laoconte, se cree escuchar ante los lienzos o los frescos en ruina, ante los mármoles a medio acabar; los unos, en pugna con la muerte; los otros, revueltos en la confusión caótica de la materia que quiere escapar a la inteligente definición de la forma, que es su manera de vida.

Adolfo SALAZAR

## textos

### una cierta historia universal

Un digno padre de familia, don Pedro Mir Liambia, médico de Mahón, nos envía un largo trabajo acerca de cierto libro de texto usado en aquel Instituto. Falto de espacio para dar cabida a todas las interesantes observaciones del doctor Mir Liambia, vamos a limitarnos a transcribir algunos pasajes de los cuatro volúmenes en cuestión, prescindiendo de cualquier comentario que pudiera ocurrirnos. La obra se titula "Historia Universal", su autor es don Juan Fernández Amador de los Ríos, catedrático, y está impresa en Zaragoza; su fecha, 1932; séptima edición. En Mahón lo utiliza como texto el catedrático D. Julio César Sánchez Gómez. Suponemos que también se emplea en otros establecimientos de enseñanza.

"El salvajismo primitivo.— El hombre, entregado a sus pasiones, cayó en la degradación más espantosa. La Sagrada Escritura nos refiere la desnudez de Adán y Eva, así como nos habla de las pieles con que la cubrieron cuando empezaron su lucha por la vida después que salieron del Paraíso por el pecado original. Sus descendientes, de tal suerte se apartaron de la virtud, que contra ellos mandó Dios el Diluvio, del que se salvaron Noé y sus hijos." (Pág. 10.)

"Veinte siglos lleva de existencia la Iglesia, y en ello se ve su estabilidad. La estabilidad de la Iglesia va la pronosticó Nuestro Señor Jesucristo cuando dijo que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella." (Página 154.)

"Fué, sin embargo, la más hermosa hetera griega la imponente

table y bellísima ateniense Thais, favorita de Alejandro Magno; enamoró a Aristóteles, al que hizo su discípulo. En Egipto fué la famosa hetera Archidice, que quiso le pagaran el soñar con ella." (Pág. 159.)

"Los romanos, más groseros que los griegos, heredaron sus vicios, superándolos en lascivia y en lo deshonesto, aunque muy mirados en el uso de palabras obscenas." (Pág. 160.)

Pasemos a la parte de Edad Media: "Eran los germanos de estatura elevada o colosal... Los más horribles de todos eran los hunos, con agujeros en vez de ojos, de rostro atezado o amarillento, de horrible fealdad; gordos enanos con pescuezo grueso y corto, más parecían monstruos que hombres." (Pág. 15.)

"El feudalismo relajó las costumbres, y en muchos monasterios hubo abades laicos con sus mujeres, hijos, sus soldados y sus perros, en el siglo X, siendo tan triste la situación de la Iglesia, que cada día era atacada por los señores del mundo." (Pág. 51.)

"Origen español de las libertades de Inglaterra.—Casado Alfonso VIII con Leonor de Inglaterra... lograron los nobles alcanzar las libertades que tenían los castellanos, aragoneses y navarros, de quienes la tomaron. A imitación de los españoles y los ingleses, también en Francia fueron concedidas libertades al pueblo." (Pág. 98.)

Ahora, un poco de Edad Moderna: "A la muerte de Luis XII, subió al trono de Francia Francisco I, duque de Angulema, ca-

sado con Claudia, hija de su sucesor." (Pág. 10.)

"En tiempo de Paulo III comenzó el Concilio de Trento, que terminó en el pontificado de Pio IV, emprendiéndose una serie de mejoras y fundaciones, entre ellas el establecimiento de la Inquisición." (Pág. 18.)

"Vemos, por último: "El mundo en el siglo XX. El sufragio universal. Aunque es un ideal político levantado, debe ser precedido de la instrucción, siendo un peligro terrible social por la incultura del pueblo, en cuyas manos pone la soberanía. El sufragio universal en Alemania"

3.1-1283

## prosa inédita

### COMPLEMENTO ESTETICO

A PROPOSITO de una lartera nota bibliográfica sobre un libro de "poemas en prosa", publicada recientemente, me interesa decir: Habíanse conocido en Europa hasta 1912. Los primeros libros suyos que da, en inglés, la casa Macmillan, son: GIL-TANJALI, 1912; THE CRESCENT MOON and THE GARDEN, 1913; THE POST OFFICE, 1914. Entre 1900 y 1912 yo he publicado ya 15 libros de verso y muchos "poemas en prosa" en las revistas HELIOS, RENACIMIENTO, PROMETEO, etc.; todo, según ciertos "críticos", con la influencia de Tagore, PLATERO Y YO, editado en diciembre de 1914 por LA LECTURA, está escrito y anunciado en mis "libros amarillos" desde 1908. Y, a mis cuarenta años, dió EL PROGRAMA, Sevilla, 1896, mi primer trabajo poético, un "poema en prosa". ANDEN. Lo demás de este delicado asunto "Tagore en español" es muy sencillo de ver para quien quiera verlo... honradamente.

EN edición diferente, los libros dicen cosa distinta.

PARA no ir a lo mediocre no hay más que ir.

NUNCA echar de menos; siempre hacer de más.

LA vida es dinámica y estática alternativamente, y el arte, que la complementa, ha de ser estático y dinámico, como ella.

NADA más dinámico que el éxtasis pleno.

IGUAL utilidad honda tiene el arte estático que el dinámico. El dinámico "sirve" para exaltar, incitar; el estático, para descansar, satisfacer.

SEAMOS sensuales del trabajo.

TERRIBLES días estos en que los otros nos hacen caminar hacia atrás.

POETA. Pero además y por otro lado, escritor.

PARA el poeta auténtico no hay tema vedado. Puede exaltar siempre el sol, la mañana, la rosa, su madre, la noche, la primavera, su hijo, la muerte, lo que sea y él quiera.

Si, pero estos temas ellos son peligrosos para los aficionados. Y tienen que buscarse familias más a su alcance y a la moda del día, donde el ridículo por una actualidad mal entendida se les nota menos... a primera vista, que es la vista general.

Porque ¿qué podría decir del mar, el amor, el fuego, la gracia, el desierto, la gloria, tal prosista holgazán, tal humorista versoso o tal adlatre bibliográfico?

LA rosa, ¿cómo puede estar, "ser" fresca y tiña a un tiempo?

NO las horas justas, sino las horas que dan de sí.

RESOLVAMOS las cosas fundamentales a nuestro gusto y por encima de lo corriente; que esto se arregla siempre luego, y lo esencial mal hecho no tiene remedio.

GRAN disciplina la luz Norte para los hombres del Sur!

¡POR que la palabra del pasado, que significa una cosa de siempre, ha de ser, casticista, más bella que la que significa hoy esa misma cosa?

ESTIMULEMONOS cada día con nuestra propia obra: con lo peor de ella, para avergonzarnos; con lo mejor, para incendiarnos.

NUESTRA obra agradece, como la tierra, el trabajo que se le echa, revelándosenos, trabajada, hasta lo infinito.

¡QUE alegría poder con la aurora, con la naturaleza de la aurora!

EL "poema en prosa" ha existido, existe y podrá existir "siempre", como el cuento, el poema en verso regular o libre, el ensayo y, ¡ay!, serán siempre otros que los del ensayo o el cuento, por ejemplo.

Que haya épocas en que el abuso de un género lo haga fastidioso no quiere decir nada, refugiados de la bibliografía, contra la esencia de ese género ni contra los creadores de él. Lo que sobra en toda época, y más en ésta, en que todos escriben y cada aficionado... a lo ajeno, se considera, sin "sentir" su cimiento, un maestro de la creación o la crítica, son los empachosos imitadores.

Juan Ramón JIMENEZ

## lecturas

### "once lecciones sobre el reumatismo"

El espíritu crítico del profesor Marañón se ha enfrentado valientemente con el arduo problema de la patología reumática. Del alcorno de ese encuentro—plasmado en el libro que modestamente titula "Once lecciones sobre el reumatismo"—sólo podremos juzgar los médicos en pleno ejercicio profesional. Todos, sin distinción de disciplina.

Los que muchas veces sintieron conturbado su espíritu al no poder ante la obcecación del enfermo la clarividencia precisa para desentrañar la causa de un algia articular; los que en la intimidad confesional de la consulta no pudieron dar categoría respectada a la avidez interrogativa; los que en el silencio de la noche quisieron buscar en los libros de consulta la explicación de un cuadro clínico, sin que el leer y el releer descripciones indisciplinadas lograra otro efecto que aumentar su confusión; todos, en fin, los que a través de su vida profesional, larga o corta, vislumbraron en la palabra "reumatismo" un vivero de conceptos y hechos amalgamados por la ignorancia, entranarán en el nuevo libro del doctor Marañón los cimientos de una nueva concepción de la patología reumática. La amalgama comienza a ser destruida por las técnicas y conceptos biológicos de hoy. Las etiologías y patogenias, los diagnósticos y tratamientos de las diversas algias articulares o musculares, comienzan a emplazarse en el encuadrado ideal que perfila y dibuja la claridad científica.

He aquí un libro eminentemente clínico, pero de un didacticismo que subyuga. Todo en él es claridad y lógica. El orden riguroso y rítmico de esas lecciones—trasplantadas por la pluma conservando la vivacidad de la oración hablada—se mantiene en medio de los aires de renovación que ventilan y a veces arrastran todo cuanto yacía en el estancamiento de una parte semigravada de la patología.

El admirable estudio ha tenido un desarrollo gestación. Alboré cuando, hace veinte años, el doctor Marañón se vio frente a la responsabilidad de una clínica hospitalaria. Creó y diseñó su contenido a medida que el sentido crítico del autor iba observando la anarquía descriptiva del proceso reumático. Comenzó a tener realidad bibliográfica en aquella admirable ponencia sobre el tema leído en mayo de 1932 en las Primeras Jornadas Médicas Aragonesas. De aquel completo estudio nacieron las lecciones de enero y febrero últimos en el Instituto de Patología Médica del Hospital General. Sintetizadas en su redactado, pero

certamente ilustradas con fotografías y radiografías de su casuística, han venido a constituir el magnífico libro que ha de figurar en la biblioteca de todo médico que quiera estar al día en el complejo círculo que abarca el impreciso y vago término "reumatismo".

"La patología reumática—dice el profesor Marañón en su bello prólogo—me la represento como



una ciudad relativamente simple, pero en la cual cada calle, cada plaza, cada edificio, tiene dos o más nombres diferentes, según el capricho de los primeros transeúntes, y en la que el mismo rótulo se repite en diversas vías y lugares señalados. No es posible andar por ella. Conocemos a fuerza de experiencia un sector pequeño, el habitual, un barrio; pero el resto es un laberinto. Las guías nos confunden más a medida que pretenden ser más detalladas. Hay, pues, que empezar—para entenderse para no perderse—por cenderse en la extensión labor bibliográfica según un único criterio: sus vías y sus puntos de referencia."

Así lo hace el doctor Marañón. Desde el primer capítulo, en que debidamente valora el concepto del reumatismo, toma por pauta una admirable clasificación etiológica de los reumatismos para desarrollar su estudio con una sola directriz: la de enseñanza clínica. En la ya extensa labor bibliográfica de Marañón influyen por admirables estudios clínicos y médicos—su "Once lecciones sobre el reumatismo" figurará como modelo de obra didáctica. Labor de verdadero maestro, que desenmaraña las complejidades de un hondo y difícil problema clínico, para mostrarlos a los ávidos de saber, con esa difícil facilidad expositiva de quien hermano con homogénea brillantez la clínica, la experimentación y la enseñanza.

Doctor SANZ BENEDE

## bibliografía

- Beyssac (Jean): *Abbayes et prieurés de l'ancienne France*, T. X. Province ecclésiastique de Lyon. A. Picard, 30 francos.
- Crouzet (Maurice) et Hulsman (Georges): *Aide-mémoire d'histoire moderne*, F. Nathan, 9,50 francos.
- Fleury (Comte): *Les XV intimes et les petites maisons*, Librairie Plon, 15 francos.
- Hauterive (Ernest d'): *Sainte-Hélène au temps de Napoléon et aujourd'hui*, Calmann-Lévy, 25 francos.
- Hugueta (A.): *Jean de Port-Royal en Acadie, vice-roi du Canada (1577-1615) Campagnes, voyages et aventures d'un colonisateur sous Henri IV*, A. Picard, 45 francos.
- Jassemín (H.): *La Chambre des Comptes de Paris au XV<sup>e</sup> siècle*, A. Picard, 50 francos.
- Jassemín (H.): *Un document financier au XIII<sup>e</sup> siècle. Le Mémorial de Robert II, duc de Bourgogne (1273-1285)*, A. Picard, 25 francos.
- Lacombe (Bernard de): *La vie privée de Talleyrand*, Libr. Plon, 15 francos.
- Leroy (Charles): *Anticoncordats et gallicans. Labbé Taillet et sa correspondance*, A. Lestringant, 30 francos.
- Martens (S.-A.-J.): *Une princesse en exil*, Libr. Stock, 15 francos.
- Sauzey (J.-A.): *La guerre en fourrières*, Edt. de France, 15 francos.
- Senouart (Robert): *La vie de l'impératrice Eugénie*, Nouv. Revue Française, 18, 24 francos.
- Sol (E.): *Dans le combat révolutionnaire*, A. Picard, 30 francos.
- Van Genep (Arnold): *Le folklore du Dauphiné (Isère)*, G.-P. Maisonneuve, 75 francos.

## FOLLETONES DE "EL SOL"

JUNIO DE 1933

# LA HISTORIA SE REPITE EL MEDIEVALISMO INTER-NACIONAL

POR JOSE PLA

Nada puede contribuir tanto a definir el estado actual de la evolución de la comunidad humana y a explicarnos la razón de las dificultades en que se debaten los Gobiernos para conjurar el obsesivo peligro de una nueva gran guerra como el refrescar la memoria respecto a la situación en que se hallaban los pueblos europeos en la última etapa del régimen feudal, es decir, en el período inmediatamente anterior al desarrollo del poder real, que al fin permitió la constitución de los grandes Estados modernos. Los anales de esa época registran, por lo que atañe a las relaciones entre señores de feudos, muchos episodios reveladores de una impresionante semejanza con los acontecimientos de la vida internacional a que venimos asistiendo desde la creación de la Sociedad de las Naciones; y al enseñarnos cómo terminó aquel régimen, nos brindan un animoso atisbo en cuanto al verosímil desenlace de la insatisfactoria trama interestatal de nuestros días.

Recordemos ante todo que en la primitiva sociedad feudal no había un cuerpo especial de jueces encargado

de sentenciar en las disputas surgidas entre sus miembros. Ahora bien: en toda aglomeración humana en que aun no se ha constituido la clase judicial existen dos maneras de resolver pacíficamente los conflictos: los miembros de la comunidad enemistados por una querrela pueden recurrir a los demás componentes de su propia clase para que éstos se reúnan, examinen el caso y emitan su opinión sobre lo que ellos, según su conciencia, estimen la solución más justa; pero puede también suceder que los litigantes, en vez de dirigirse a sus iguales, apelen a un superior común. En el régimen feudal—uno de cuyos más rígidos principios era el derecho a ser juzgado por iguales—, cuando uno de los querrelantes recurría al señor en demanda de justicia, como éste no gozaba de privilegio judicial, tenía la obligación de convocar a sus vasallos, los iguales del acusador, para que reunidos en su castillo, pronunciasen la sentencia que a él correspondía luego proclamar. Este principio del juicio por pares estaba tan arraigado en la costumbre medieval, que cuando más tarde se hubo fundamentalmente transformado el sis-

tema mediante la organización de un cuerpo especial de jueces, sobrevivió injertado en los tribunales, y aun hoy podemos reconocerlo en la institución contemporánea del juicio por jurados.

Tampoco poseía la sociedad feudal una fuerza pública a cuyo cargo corriese la aplicación de una sentencia. Y era más difícil suplir la carencia de un poder ejecutivo que la de magistrados. Si el feudatario condenado, menospreciando el juicio de sus pares, se negaba a dar satisfacción al ofendido, no quedaba otro recurso que la guerra para restablecer el derecho conculcado. El señor en cuyo consejo se había visto la causa, o el querrelante favorecido por el laudo, si se sentían suficientemente poderosos para arrostrar la aventura, movilizaban sus mesnadas y procuraban obligar por las armas al recalcitrante. Pero como lo normal era, naturalmente, que el rebelde al fallo fuese también el más fuerte en aprestos marciales, las garantías de justicia resultaban muy aleatorias, y los miembros de aquella sociedad ponían escasa confianza en los procedimientos judiciales para dirimir sus contiendas. De aquí la invención, tan de acuerdo con la intensa ideología caballeresca y religiosa de la época, de arbitros inspirados en sanciones extrahumanas para lograr desagravios por el arrojamiento y la fe en la razón de la propia causa. Estos recursos—combates singulares o juicios de Dios; levantar hierros candentes, meter los brazos en agua hirviendo, atravesar hogueras, etc.—, que en general nos son presentados como meras manifestaciones de la aspereza de costumbres en una edad ignorante y brutal, no eran, pues, al igual que las guerras particulares, sino la lógica consecuencia de la falta de un sistema que inspirara suficiente confianza en la imparcial administración de la justicia. Satisfecho como satisfacción una necesidad del orden social contemporáneo, tales procedimientos, a pesar de su monstruosidad jurídica, fueron universalmente acatados y llegaron, legalmente reglamentados hasta en sus más nimios detalles, a ser instituciones permanentes de un régimen cuya característica fundamental era—y aquí empleo palabras de Guizot en su "Historia de la civilización francesa"—

que la sociedad propiamente dicha, es decir, la contribución común de una parte de la vida, del destino, de la actividad de los individuos, resultaba muy enteca y limitada, mientras que la porción de la existencia que se mantenía diversa y aislada, o sea la independencia personal, era, por el contrario, muy grande.

A medida que las circunstancias se fueron modificando y los monarcas, cuya impotencia había sido antes proverbial blanco de sátiras juglarescas en las canciones de gesta, pudieron hacer sentir su autoridad con eficacia, gracias sobre todo al frecuente apoyo de los pequeños feudatarios, de los burgueses y de los hombres libres del campo, el elemento social del régimen cobró cuerpo a expensas del individual. Acrecentada su fe en los tribunales del rey, aquellos hombres pudieron prescindir de las crueles ordalías corporales más arriba apuntadas; y resultando imposible el triunfo por la fuerza del albedío individual contra la voluntad monárquica, los nobles renunciaron al fin a la secular costumbre de hacerse entre sí la guerra. La justicia real resultaba menos costosa, más expeditiva, menos cruel, y ofrecía mayores garantías de dar a cada uno lo suyo que semejantes desesperados arbitrios. Superfluo es añadir que sin la pacificación interna de los Estados, lograda por la efectividad de una autoridad central, Europa no hubiera podido realizar jamás la maravillosa suma de progresos científicos y humanitarios que constituyen la civilización moderna.

Pero el poder real, asentado sobre las ruinas de las potestades feudatarias, pronto tendió a expandirse, a rebasar los límites territoriales de su trascendente victoria. Desde el siglo XV, las monarquías reproducen en el plano interestatal la misma anárquica lucha de imperativos individuales que ellas, a costa de tanto esfuerzo, habían conseguido borrar de las esferas patrias. Y esta consecuencia de la ambición real se robustece en los siguientes siglos con una desmesurada concepción de los atributos del Estado, inexistente entre la caída del Imperio romano y la Reforma. Confinados por el dogma de la soberanía nacional—oportunistamente esgrimido por Lutero en su campaña contra el Pontificado, y luego trasplantado por

Bohán y otros teozantés del terreno religioso al de la política en general—, los Estados modernos no toleran merma alguna al libre ejercicio de su voluntad que no les pueda ser impuesta por la metralla de los cañones al servicio de la voluntad rival. La concatenación mental capaz de engendrar semejante visión trágica del Estado, resulta perfectamente comprensible si recordamos las circunstancias que dieron vida a las monarquías absolutas. Cuando los pensadores intentaron fundamentar filosóficamente la autonomía de los Estados, lo que más profundamente debió de impresionar su imaginación fué el hecho de que el único medio para garantizar la paz y el bienestar social hubiese sido la plena y absoluta emancipación del monarca de toda clase de cortapisas. Y de aquel hecho evidente dedujeron que el Estado era la postrera, la más perfecta unidad de la organización humana. Deducción que implicaba esta otra: la competencia brutal, sin más guía que la satisfacción del egoísmo, es la ley natural de las relaciones internacionales.

Intúil fué que otras mentalidades más perspicaces, a cuyo frente figuran las españolas de Vitoria, Soto y Suárez, se esforzaron por señalar a los pueblos el verdadero camino de salvación, demostrando la imperfección estatal y proclamando la interdependencia de las naciones y la necesidad de una ley internacional. Gaudí el Príncipe, de Maquiavelo, así, la teoría de la soberanía intangible, reforzada por el optimismo filosófico del siglo XVIII, según el cual la Naturaleza, si no se le ponen trabas, termina siempre por organizar los negocios sociales de la mejor manera, ha logrado persistir hasta estos nuestros días, en que, apostada como dueña y señora en muchas presidencias de Consejos de ministros, sigue siendo una constante amenaza para la paz y un formidable obstáculo al bienestar del género humano, razón suprema de la existencia de los Estados. Y natural reflejo de tal falacia es el rutinoso, síscico empeño en que se desesperen los Gobiernos para administrar la red de vasos comunicantes que constituye el mundo moderno, como si las naciones realmente fueran compartimentos estancos.